

Los reinos de Mari Feli Maizcurrena

por Gregorio San Juan

Los ojos no ven; saben
(Jorge Guillén)

He seguido desde muy atrás, desde sus primeros pasos, la evolución de Mari Feli Maizcurrena, una voz joven, personalísima, en el panorama de la poesía española. Una voz segura, nada vacilante, que logró, desde el principio, construirse un mundo propio, un ámbito de belleza en el que instalarse y crear, elaborar desde su sensibilidad exquisita, fragilísima, su obra, con paciencia, con tenacidad, con una insobornable vocación.

De los materiales que la vida, la realidad, le ofrece, Mari Feli selecciona con rigor, con sabiduría, los que necesita para construir sus poemas. Poesía pura, la suya, si podemos llamarla así; al menos, en una incesante búsqueda de pureza. En efecto, no hay nada impuro en su universo sensorial o conceptual, en su despliegue imaginativo. Recordemos lo que Neruda dijo sobre la poesía impura. Recordemos también lo que Juan Ramón Jiménez o Vicente Aleixandre avanzaron en dirección a esa pureza que desecha los materiales innobles, los vocablos muertos, inexpressivos.

El mundo de Mari Feli es un mundo de cerrada belleza, un ámbito de soledad en-simismada donde apenas se advierte el deterioro que deja el paso del tiempo. La realidad, —esta «realidad verdadera», subjetiva, la única realidad posible— es una realidad convulsa, transfigurada poéticamente, con tonos de encendida hermosura, que nos hace sentir su mágica presencia.

El lenguaje, brotado de la necesidad, del instinto, adquiere el necesario automatismo para registrar en su silencioso devenir, el fluir de la subconciencia, ese ojo interior que está en comunicación con la vida, con el mundo personal de la autora, tan rico, tan sugerente. Romanticismo se llamó esa figura. Otros, con referencia a los poetas ingleses del XVII, la han llamado poesía metafísica. Da lo mismo. De esta cosmovisión participaron también Hölderlin, el Juan Ramón de sus últimos poemas, Aleixandre o Cernuda, por sólo citar a algunos grandes.

Lo que es evidente es que si el ser humano tiene diversas potencias, diversos registros, en esta concepción de la belleza y de la poesía está implicada la parte más lúcida del ser.

Porque ¿quién sabe, a estas alturas, lo que es la poesía? ¿Es tal vez un lenguaje? ¿Es un sentimiento? ¿Es acaso una concepción del mundo? ¿O es una mezcla de las tres cosas? Lo que es, sin duda, es una manera de ser o de vivir, una manera de estar en el mundo y de entenderlo. Cuando Juan Larrea, constreñido por el ambiente familiar y por la atmósfera beata de su ciudad, sueña con la «evasión» (aquella palabra tan grata a Gerardo Diego) y se propone realizar el lema de Mallarmé:

Fuir! lá-bas fuir!

porque, como él, sabía que la carne es triste y había leído ya todos los libros; cuando se propone buscar el supremo adiós de los pañuelos para huir, de todo: de la realidad, de la vulgaridad, de la vida; cuando decide entrar en poesía como otros, como muchos otros, incluidos muchos miembros de su familia, habían entrado en religión, es un giro a su vida lo que nos anuncia.

Entrar en poesía para Larrea era renunciar, cambiar algunos esquemas, aceptar la vida desde una óptica distinta. Eso que dijo Juan Ramón de la religión de la belleza: vivir por y para realizarse en la belleza.

Pocos poetas han asumido este papel con la plenitud, con la intensidad con que lo ha hecho esta extraordinaria voz poética de que hoy me ocupo. Si en un momento dije:



prestad atención a esta voz, a esta sensibilidad, a esta fuerza imparable, a esta poetisa madura, serena, exultante, lo dije desde la responsabilidad de quien no acostumbra a prodigar los elogios.

(Dejadme que escriba poetisa, así en femenino. No sé por qué extrañas razones algunas escritoras de hoy—desde que Conie Lobell y Jean Aristiguieta dieron en pensar que la poesía tiene que ser como una túnica unisex— se empeñan en hacer del término poeta, que es masculino y que tiene su correspondiente femenino, poetisa, un nombre epiceno, como la hormiga, la culebra, el sapo, la hiena o la mosca. Mari Feli es una poetisa, aunque figure en una antología de título bárbaro, nada menos que *Nueve poetas vascas*; poetisa como Juana de Ibarbourou, María Eugenia Vaz Ferreira, Rosalía de Castro o Carmen Conde.)

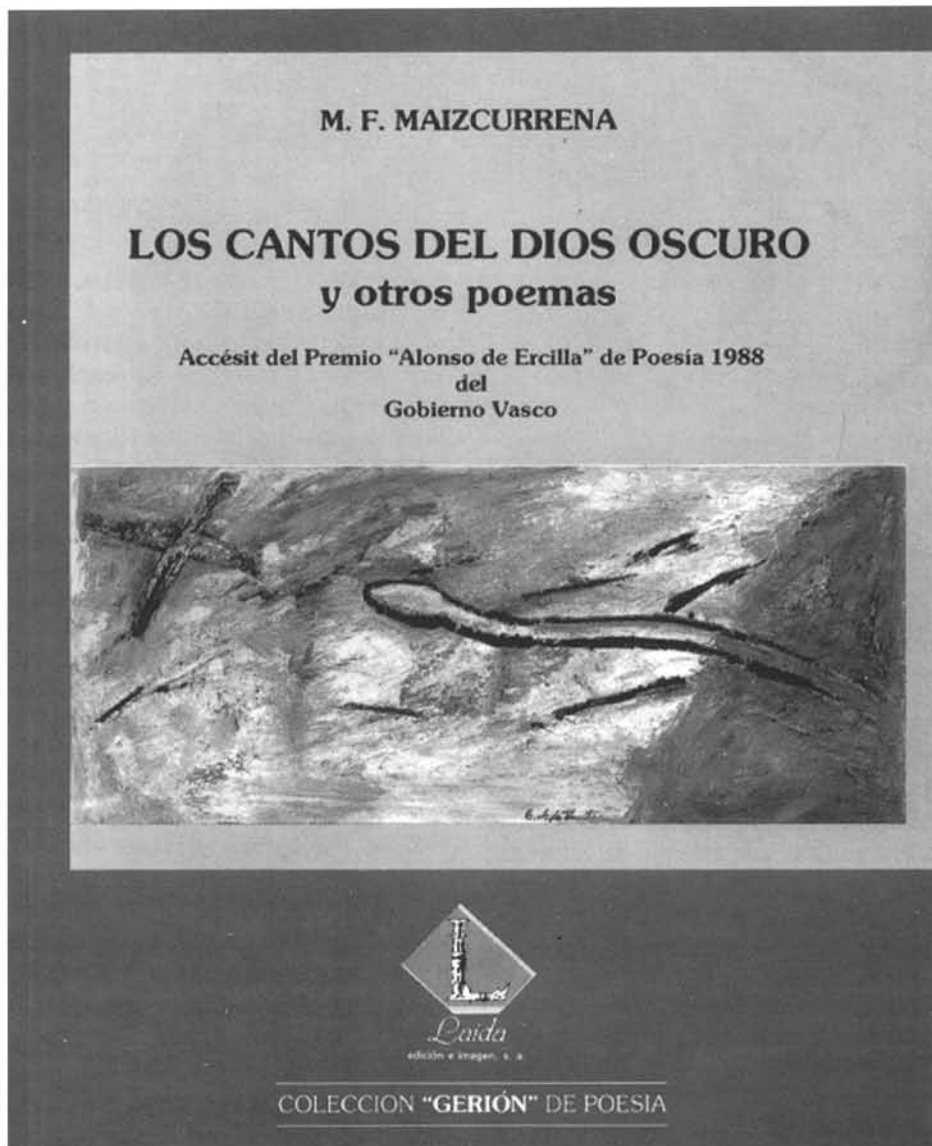
Voz del sentimiento y de lo irracional, Aleixandre, Cernuda y otros más cercanos han sido sus maestros. Y otros más lejanos, de los que sus versos traen resonancia. Así los metafísicos ingleses, los poetas lakistas, Hölderlin.

Pero su voz es una voz, no un eco; una voz auténtica, personal, intensa. Una voz que se ha ido elevando, en cada libro, por encima del horizonte mezquino de nuestro diario vivir. Por encima del nivel de este tiempo. Tres libros ha dado hasta el momento a la imprenta, que son tres libros acabados, de rara perfección.

Ya en el primero, *Los otros reinos*, sorprendió con un torrente de voz desusada entre nosotros:

*Los pórticos callados bajo un ala de sombra.
La vasta tarde azul como un mar, como el
aire
cuando la lluvia suave lo toca con su
anhelo.*

Es un libro empapado de serenidad, de plenitud. Un canto de la naturaleza humanizada. Hay que leerlo entero para sentir, a través de su palabra mágica, exacta, de su adjetivación precisa, toda la vida y la pasión que cabe en un solo verso. También toda la belleza y la desolación que rezuma la naturaleza, como la siente Mari Feli Maizcurrena. La obra de Aleixandre hizo pensar a un crítico en el aduanero Rousseau, a mi los poemas de Mari Feli me recuerdan a un



lienzo prerrafaelista, de Burne Jones o Dante Gabriel Rosetti.

*Es piedra el cielo, piedra la muralla
y piedra azul la lluvia, piedra el viento
cuyas manos doblegan los hierbales.
Y piedra fuera el mar si hubiera mar
aquí donde comienza la llanura.*

Es un poema de soledad, pero de una soledad no buscada, sino impuesta. De la soledad inevitable, una soledad que se hace dolorosa, cuando se transita por esa
*ciudad infernal donde nada responde
a la estatura humana, al calor de la mano*

En ocasiones logra imágenes deslumbrantes, felicísimas:

*Gira el sol
detrás de las cortinas de la tarde,
como un lauburu.*

El lenguaje de Mari Feli Maizcurrena, por lo mucho que tiene de automático, de onírico, está hecho de símbolos. La piedra, el fuego, la nieve, se cargan de significaciones ocultas. Son mucho más que lo que dice su nombre, que lo que nos revelan los sentidos.

*Ver las cosas
caer en el silencio de la piedra*

en la inmovilidad, en la inmutabilidad del ser, en la muerte. Descubrir que al final se impondrá la quietud y el silencio:

*Tanto correr los días y al fin todo está
/quieto*

Los cantos del dios oscuro es su segundo libro, un libro de sorprendente madurez, de una inusual experiencia poética. Mari Feli se revela en él dueña de un lenguaje de gran riqueza y precisión. Todos los matices del paisaje, el ámbito de la vida, de la poesía, pasan por la conciencia del poeta. Fuera de ella no hay nada.

*Sin tí no son las cosas
del mundo que transcurre.*

En este libro hay, si cabe, una mayor humanidad, una mayor vibración de vida, una mayor presencia del hombre en el paisaje interior. Un interior, pues—esta vez— con algunas figuras, pero con un mensaje desolado, terrible, desde el aliento profético de las palabras del dios, aunque en ocasiones



*una hermosa felicidad de recuerdos
colme la escena con su dorada música*

El libro está sabiamente articulado en ocho partes a través de las cuales nos acercamos al misterio del existir.

Se trata así del ojo que contempla el mundo, de la cotidianidad, del ritmo con que se suceden los días, de las figuras, cuadros animados de vida, de los recuerdos, imágenes de la vida anterior, del Superyo, en la figura del Guardián que vigila la ciudad, la vida que discurre y por fin los cantos del dios oscuro, en que se desvela el enigma de la existencia.

En el último libro publicado, *Una temporada en el invierno*, Mari Feli nos lleva a un paisaje de elevado simbolismo. Es sabido —lo ha expuesto Gastón Bachelard en su *Sicoanálisis del fuego*— que el frío corresponde al anhelo de soledad o de elevación.

Bachelard recuerda la frase de Nietzsche alusiva a la fría y salvaje naturaleza de los Alpes, calentada por un sol tibio y sin amor. Gracias al frío el aire goza de virtudes ofensivas, se espiritualiza y deshumaniza. En el aire de las alturas se encuentra también otro valor nietzscheano: el silencio.

Una temporada en el invierno es el libro de la ascesis, de la pureza, de la frigididad. Me recuerda a María Eugenia Vaz Ferreira, la poetisa uruguaya afín por tanto títulos a Mari Feli:

*yo tengo el corazón helado, puro
como la blanca nieve de las cimas.*

Desde siempre la nieve aparece ligada al simbolismo de la altura y de la luz. Por eso de que cae del cielo tiene el sentido de lo numinoso, se carga de una evidente significación mística.

El invierno para Mari Feli no es una metáfora. Es un templo simbólico, de los que describió Baudelaire.

*La nature est un temple, ou des vivants
/piliers*

*laissent parfois sortir des confuses paro-
/les.*

¿Tras este templo no estará la nostalgia de un paraíso perdido? ¿No nos descubre un sentimiento de abandono o de culpa? El aire frío y seco de las cumbres expresa el pensamiento heroico y solitario tanto en San Juan de la Cruz como en Nietzsche: la seguridad desdeñosa del que sigue "la escondida senda".

En el camino de estas abstracciones estaría Thule, la isla blanca, paraíso de los vivientes en el simbolismo esotérico.

*Toi que te meurs, toi que brûles de chas-
/teté,
nuit blanche de glaçons, eté de neige
/cruelle*

Ya en *Los otros reinos*, con un tratamiento más recargado de imágenes, más barroco, nos describe un paisaje —¿animal, vegetal, mineral?— que no es sino la revelación de un estado de espíritu. En *Una temporada* el solipsismo se acentúa, a fuerza de reducir el decorado, de intensificar la interiorización del sentimiento.

*Porque siempre has amado las rutas pe-
/ligrosas
y estaba ya en tu alma la atracción de la
/nieve.*

En el ciclo de las estaciones, el invierno simboliza la muerte. Para el alma el agua, que es vida, es la muerte, según los místicos. Primavera de la muerte tituló un libro uno de sus maestros.

*Dejaré oír mi voz
antes de regresar al frío*

Un mundo en hibernación, silente, apagado, eterno, que ahonda cada vez un poco más en la visión de desolación, en un paisaje cada vez más desnudo, más gélido, más, como de espaldas a la vida.

*Un trozo de hielo que colocar en el lugar
/del corazón.*

Una temporada en el invierno es el poema del sentimiento helado, del alma en hibernación, de la sublimación de la libido.

Leer estos libros Mari Feli es un ejercicio de hermenéutica, una ocasión de ejercitar la intuición emocional. De adentrarnos en ese bosque de símbolos, de que hablaba Baudelaire, que nos miran con miradas familiares. El símbolo, esa máquina psicológica que transforma la energía, al decir de Jung.

En estos libros de Mari Feli, en esas bellas sucesiones de palabras hay ciertamente algo de aquella sensualidad incorporada de que habló Pessoa, que tiene que ver con la sublimación freudiana, con la idealización platonizante del Renacimiento, con León Hebreo y el Petrarca.

"La naturaleza esconde, no revela. Todo este universo luminoso y oscuro a cuya suma de energías llamamos naturaleza, es una máscara, un vestido y un sueño. La naturaleza no es Isis, sino el velo de Isis". (Pessoa).

Se trataría en suma de ordenar lo caótico para conformar un cosmos, de encontrarle sentido. De aglutinar las imágenes del mundo como obedientes a una ley, que sería preciso enunciar. Si el psicoanálisis se basa en la verbalización de los conflictos profundos y en la interpretación de los contenidos lingüísticos, el poema así considerado, no es otra cosa que una clave a interpretar por el lector, por el hermeneuta.

En esta interpretación no es infrecuente que lector y autor no coincidan, sin que haya que pensar forzosamente que la razón está de parte del autor. Porque la obra artística es algo que ya no le pertenece.

El simbolismo es una técnica que nos acerca al lenguaje onírico y el surrealismo un impulso que libera el instinto de belleza de los frenos de la razón:

*Y tú, sueño, dame tu diamante implaca-
/ble,*

escribió César Vallejo. El sueño es como un retablo en que el poeta (Huidobro: *Altazor*), es tan solo

el mago que apaga y enciende.

Yo creo, estoy absolutamente persuadido de que desde la aparición en los ya lejanos años cincuenta de *Angel fieramente humano*, estos libros de Mari Feli Maizcurrena son una de las más importantes, revelaciones de la poesía surgidas entre nosotros.